

El análisis de textos en una nueva clave. Discursos e imágenes sobre la inmigración en EL PAIS

Cristina Peñamarín

Antes de proponer algunas consideraciones sobre el análisis de textos y de realizar uno en particular, voy a empezar por recoger un reproche: la crítica que hacía M. Wolf al análisis textual de las comunicaciones de masas, pues quienes lo practican, según este autor, imputan efectos a "los contenidos que perciben los analistas y, de este modo, eliminan a los sujetos reales de los efectos y las influencias, es decir, los receptores, el público" (1996:254). No se puede decir que no se haya tenido en cuenta este peligro, pues, desde hace una década, se han dedicado considerables esfuerzos a los llamados "estudios sobre la recepción", centrados en indagar qué ocurre realmente en el campo de la interpretación de los mensajes de los medios de comunicación, o qué hacen efectivamente los receptores con esos mensajes.

Los estudios sobre la recepción nos han mostrado la variedad inabarcable de lecturas que pueden hacer los receptores de los medios de comunicación, cómo hacen intervenir sus competencias culturales, sus formas de vida y de uso de los textos mediáticos (ver, por ejemplo, S. Muñoz, 1995; M.E. Brown, 1995), etc. Sin embargo, la recepción era considerada un proceso activo y creativo desde mucho antes de que irrumpiera esta corriente de estudios (por ejemplo, desde la teoría semiótica de la diversidad y pluralidad de códigos de emisores y receptores, de los años 70) y así sigue siendo considerada por el análisis semiótico. Hoy es claro que la influencia de los estudios sobre la recepción, junto con la penetración de la perspectiva pragmática en el análisis de la significación y la crisis del estructuralismo han producido un desplazamiento teórico en los estudios semióticos y textuales, de los que en parte pudo ser justo decir que "durante mucho tiempo, el análisis de textos había pretendido dar cuenta del conjunto del proceso comunicativo, y en especial de la recepción" (D.Dayan, 1997:17).

Sin suplantar a los sujetos reales, los receptores de los textos, el análisis puede legítimamente intentar iluminar algo más que "los contenidos que perciben los analistas". Si bien ninguna lectura, tampoco la analítica, puede situarse en un lugar de absoluta objetividad, eso no significa que haya de ser totalmente subjetiva. El lenguaje es un medio público y las prácticas sociales significativas son intersubjetivas. El análisis de los discursos enfoca todo ese ámbito de lenguajes, normas y significaciones compartidos –aunque siempre hasta cierto punto– que hacen posible la acción conjunta,

el razonamiento y, por supuesto, la comunicación. Una tarea muy distinta de la que realizan los estudios sobre la recepción, centrados en otro momento del proceso comunicativo, aunque no totalmente ajena a éstos (por otra parte, investigar sobre la recepción exige interpretar los discursos y las interpretaciones de esos receptores, así como sus usos de los mensajes, sus hábitos, etc. como comportamientos significativos –es decir, cuyo análisis precisa de la contribución de métodos interpretativos–).

Para tratar de aclarar qué puede aportar el análisis de los textos y cómo proceder en este campo me parece necesario considerar en primer lugar qué es y qué hace un texto. De entre ellos es preciso aquí diferenciar los textos que se refieren a un contexto específico y actúan sobre él, sobre el espacio-tiempo en que se enuncian –como los políticos, los periodísticos, las conversaciones cara a cara, etc.–, de aquellos que poseen una relativa autonomía respecto a ese contexto, como los textos estéticos, literarios, etc. (Esta presentación, en parte guiada por la polémica anterior, ha sido elaborada pensando más en textos escritos, y particularmente en los periodísticos, que orales o audiovisuales, pero creo que sus líneas básicas pueden aplicarse, con las correcciones necesarias, a todo tipo de textos. Probablemente contiene no pocas repeticiones –respecto a lo que dijimos en Lozano, Peña-Marín, Abril, 1989– pero resulta de una reconsideración, desde perspectivas a veces diferentes, de nuestro campo de problemas y conceptos).

¿QUÉ ES UN TEXTO O DISCURSO?

i) El texto no es autista: está hecho para comunicar. Comunicar implica, para cualquier emisor, aproximarse al lenguaje del que prevé como su destinatario, incorporar sus intereses, sus formas de dar sentido y de sentir, etc. “El hablante tiende a orientar su palabra (...) hacia el horizonte ajeno del que entiende –escribe Bajtin–. El hablante entra en el horizonte ajeno del oyente y construye su enunciado en un territorio ajeno, en el fondo aperceptivo del oyente” (1989:99-100). Por tanto, el texto se forma a partir de las hipótesis que su autor hace sobre la cultura del destinatario, sus esquemas cognitivos y evaluativos, su configuración afectiva, etc. (todo lo cual puede ser enfocado por el análisis). Como se ve, esta perspectiva supone una diferencia entre emisor y receptor, una disparidad de esquemas interpretativos y, al tiempo, implica que quienes comunican saben que comparten significaciones y normas públicas e intersubjetivas.

El texto supone que conoce a su lector, aunque, naturalmente, el destinatario que se representa el emisor nunca coincide plenamente con ningún receptor efectivo. Y es precisamente en esta distancia donde se juega toda la riqueza de la comunicación, la cual resulta mucho más interesante cuando se piensa a partir del malentendido. Incluso cuando emisores y receptores comparten lenguaje y cultura, éstos nunca son plenamente los mismos, por lo que la interpretación de quien recibe un mensaje siempre difiere del sentido que el emisor quiso darle. Con independencia de las variaciones individuales, esta circunstancia es constitutiva, estructural, de la comunicación, y hace del malentendido un componente intrínseco de toda comunicación.

ii) El texto es un hecho social y cultural. El texto está ubicado en un espacio y un tiempo, un soporte material, unos intereses, unas condiciones y unos modos de producción, de difusión y de uso, unas tradiciones y saberes sociales y culturales. El texto construye su significado por referencia a un contexto determinado. El sentido "lingüístico" es un punto de referencia necesario para la interpretación, pero ésta se realiza considerando los efectos que su autor previó en un destinatario situado.

Como sabemos, toda acción social hace referencia a un contexto más amplio, del que provienen las relaciones sociales, el simbolismo, etc. que allí se activa. Igualmente, el análisis de un texto habrá de recuperar parte de ese contexto, si bien hay que admitir la imposibilidad de hacer explícito todo el conocimiento implícito necesario para el funcionamiento comunicativo de un texto. De hecho, los analistas de los discursos, o bien investigan textos cuyo contexto les es familiar, o bien han de tomarse el trabajo de informarse detalladamente acerca de él antes de intentar entender qué dice y hace un texto. El texto apunta deícticamente al contexto, pero esos índices están vacíos de sentido para quien no reconozca las referencias que señalan.

iii) El texto es productivo. Crea una representación, realiza acciones comunicativas con las cuales pretende cambiar algo en el mundo en el que comunica (advertir, recomendar, legitimar, etc. son acciones que se ejecutan no sólo en la forma de advertencias, recomendaciones, etc., sino también por medio de descripciones, por ejemplo). Como es sabido, aquí es necesario distinguir entre la acción expresa en el texto y el efecto perlocucionario, extratextual, obtenido. Sobre este efecto nada podemos saber mientras no observemos los contextos específicos en los que tiene lugar la recepción del texto. Esto no impide que investiguemos el texto desde el punto de vista pragmático (peirceano), en el que el significado de un enunciado está constituido precisamente por los posibles efectos prácticos implicados por su enunciación.

La representación y la acción aparecen unidas si se entiende que hacer una aserción implica asumir un compromiso. Señala Habermas que, cuando Wittgenstein abandona la idea de un lenguaje unitario entiende que "interpretar diversamente la realidad no significa dar distintas interpretaciones selectivas a hechos describibles dentro de un mismo sistema de referencia; sino que significa, más bien, proyectar diversos sistemas de interpretación" (1988:211). Al presentar una visión de la realidad, el texto opta por un sistema de representación que exhibe la perspectiva de su enunciador y le compromete. Además de este aspecto compromisorio, el hacer cognitivo, evaluativo y afectivo del texto opera transformaciones procesuales en los sujetos y objetos representados.

iv) Un texto es un proceso interactivo. Todo texto obliga a su receptor a llenar huecos, a realizar determinadas inferencias –en puntos precisos del proceder temporal de los textos verbales o del presentado simultáneamente en el espacio perceptivo de los visuales–sin las cuales gran parte del significado previsto quedaría desactivado (Eco, 1979). Junto a este aspecto semántico, que ha de contar con la cooperación del receptor para completar los sentidos implícitos, presupuestos, etc. del texto, está el aspecto enunciacional y retórico. Todo texto marca la actitud de su enunciador respecto al objeto y establece un tipo de relación con el destinatario (al que sitúa como cómplice, adversario,

como parte de un “nosotros” de fusión, etc.). Puede presentarse como expresión subjetiva de un autor, o bien puede cancelar en lo posible la presencia del sujeto enunciativo en el texto (que, por cierto, puede tener un enunciativo colectivo, como ocurre en los discursos organizacionales, burocráticos y, a menudo, en los mediáticos, en que es el medio de comunicación el que se responsabiliza de lo dicho y el que hace intervenir varios profesionales en la elaboración final del texto, incluso aunque firme uno solo).

Las estrategias de personalización y despersonalización son siempre opciones comunicativas atribuibles al sujeto enunciativo, que se define adoptando una perspectiva y estableciendo en el texto un sistema de distancias y diferencias respecto a otros. Además, el texto trata siempre de intervenir en la representación del objeto y de afectar a la “sensibilización” de los receptores respecto a él, por ello decimos que todo texto tiene una dimensión relacional y afectiva, aunque se presente como neutro e indiferente, las cuales no dejan de ser formas de relacionarse afectivamente con el objeto y el interlocutor. Los varios géneros discursivos configuran diferentes formas de relación y participación, que cada texto modula a su manera.

v) Un texto forma una red y se ubica entre las demás redes. Una carta forma parte de una relación social y quizá de una serie, una correspondencia; una noticia se encadena con múltiples otras informaciones mediáticas y, en fin, un texto siempre alude a y se conecta con otros textos. Esto plantea necesariamente la cuestión de los límites del objeto texto, como parte de la cuestión del sentido: las posibilidades ilimitadas de paráfrasis, de asociaciones e interpretaciones entre las que se podría siempre dudar cuáles son pertinentes. La posición de Eco defendiendo que el texto siempre posee una propuesta de sentido, una *intentio operis*, no es una forma cómoda de buscar un atajo, sino el modo de salir de las contradicciones a que nos llevaría aceptar la equivalencia de todas las posibles lecturas de un texto (para Eco el lector hace siempre conjeturas sobre la *intentio operis*, las cuales deben ser aprobadas por el texto como un todo orgánico, y la propia coherencia textual habrá de desaprobar las conjeturas inadecuadas –1990:34–). P. De Man, que aboga por la máxima apertura del texto, sostiene, sin embargo, que “es imposible concebir una lectura en la que la cuestión de su verdad o falsedad no esté primariamente implícita” (cit. por Morley, 1996:28).

Esa multiplicidad y apertura del texto no impide que posea, en el caso del texto impreso, la cualidad de la fijeza como inscripción en un soporte perdurable, por contraste con la palabra hablada, por ejemplo –lo que permite discutir el texto con otros lectores, compararlo con otros textos, usarlo como fuente, como documento, etc., ver Latour, 1986–. En cuanto al sentido, éste posee también una fijeza relativa, proveniente del hecho de que siempre es posible orientar la discusión hacia su sentido pretendido –*intentio operis*– o hacia el derivable de un potencial acuerdo social, tal como lo entiende Peirce. Las nociones de “lectura preferente” (de S. Hall) y de *intentio operis* pueden inducir a cosificar excesivamente el sentido del texto, pero siempre podremos eludir la cosificación, al tiempo que la excesiva “deriva” textual, preguntándonos qué recorridos, dentro de las múltiples redes que conecta, privilegia este texto, cómo organiza sus referencias, sus ejes temáticos, etc.

Lo que es sobre todo interesante para el análisis es que el texto siempre se ubica entre los varios discursos sociales. Se identifica con cierta perspectiva, cierta forma de referirse y de concebir algo en un lenguaje, se distancia de otras perspectivas y discursos, e incluso ha de ignorar otros. Esta cualidad dialógica del texto, desarrollada por Bajtin a lo largo de toda su obra, ha de hacerse inseparable del análisis semántico, por el propio carácter del sentido (pues un objeto se encuentra siempre ya nombrado –decía Bajtin–, envuelto en las palabras ya dichas sobre él y el usuario de la lengua ha de elegir entre las diferentes formas de concebirlo, como he mencionado) y porque permite comprender los conflictos sociales en los discursos, la lucha por el poder de nombrar. Evidentemente, sólo es posible reconocer alusiones a textos, o ámbitos de uso de una lengua que se conocen, por lo que este nivel de análisis, de nuevo, exige una familiaridad del analista con los lenguajes y los usos sociales de los discursos entre los que se ubica el texto. Así el análisis permitirá ver cómo cada texto formula un pensamiento y expresión propios desde la apropiación de lo ajeno, en un juego de identificaciones y distancias respecto a objetos, saberes y formas sociales de expresión.

El análisis textual no es un molde o un modelo a aplicar siempre de la misma forma a cualesquiera textos. Contrariamente a lo que ha ocurrido en otros momentos en la evolución de nuestra disciplina, en que hemos privilegiado más lo “metodológico”, y en que nuestros trabajos estaban armados de términos especializados y cuadrados semióticos, hoy parece extenderse en algunos sectores la preferencia –que, desde luego, comparto– por los métodos de inspiración etnográfica, que permiten aproximarse a las categorías prácticas de los miembros de la cultura en que vive el texto; por los procedimientos que tratan de iluminar y hasta de potenciar el conocimiento social difuso, exteriorizado en el lenguaje y las acciones significativas (al fin y al cabo, todos somos competentes en el producir e interpretar textos). Cada investigación habrá de elaborar el método que le permita analizar los textos según los objetivos que se haya propuesto, las cuestiones a las que quiera responder, y orientada por la concepción teórica que posea su autor de lo que es un texto, así como por su saber sobre el contexto de los discursos particulares que observa.

EL TEXTO PERIODÍSTICO

¿Qué tipo de medio es el periódico? ¿Cómo enlaza a sus emisores, la empresa editora, y sus receptores, los lectores?. Los intereses de la empresa y de los grupos de poder de que depende condicionan la presencia o ausencia, el contenido y la forma de muchas de las piezas de los diarios (sirva como muestra la abrumadora cantidad de artículos publicados en EL PAÍS y EL MUNDO sobre la reciente “guerra digital”, en la que contendían los grupos a los que pertenecen ambos diarios). Pero esos intereses particulares no son tan determinantes en otros campos, como el de la inmigración, al que me voy a referir, en el que parece haber un acuerdo entre los principales medios sobre el enfoque a dar a la cuestión (un acuerdo que alcanza a los medios mayoritarios de varios otros países receptores de migrantes, según se desprende de ciertas investigaciones, que mencionaré).

Como empresa comercial que busca beneficio, el periódico depende de la cantidad de audiencia que consiga (aunque los medios de comunicación pueden buscar otros beneficios más indirectos, como el apoyo a un determinado grupo de poder, a una línea política, una opción ideológica, etc. Pero aún éstos, se obtienen sólo cuando el medio alcanza un cierto éxito de público.) El medio y su audiencia interactúan en diversos modos. La audiencia es mimada y a veces burlada, nunca totalmente subyugada por el medio. Los públicos no son un producto de los medios de comunicación –sostiene Gouldner–, sino que los medios y los públicos se desarrollan en procesos mutuamente constructivos (Abril, 1997:54). E. Verón lo expresa de otra forma cuando afirma que entre la oferta y la demanda de los medios de comunicación, y entre la producción y la recepción de sus discursos hay movimientos de convergencia y de divergencia, resultado de una evolución social que está lejos de ser determinada sólo por los discursos mediáticos (Verón, 1997:68). Los medios tratan de captar, pues han de tener muy en cuenta, el saber implícito de las audiencias sobre el objeto, así como sus formas de valorarlo y de reaccionar afectivamente hacia él. En muchas cuestiones o aspectos de ellas estas pautas son conformadas básicamente a partir de la información proporcionada por los varios medios de comunicación, que es siempre, como sabemos, reelaborada en los contextos sociales específicos y en las relaciones interpersonales.

Cada tipo de texto se relaciona de diferente forma con los usuarios, con su memoria, sus recursos y sus hábitos; con su espacio y su tiempo. El texto del periódico diario existe en una serie. Por sí sólo apenas diría nada. Lo comprendemos únicamente porque conocemos sus antecedentes, los personajes, las situaciones y las “claves” que menciona. Es decir, porque somos lectores, más o menos regulares, de periódicos y poseemos una competencia mediática y una competencia específica para la lectura de diarios. El lector de diarios suele ser fiel al suyo y su lectura suele tener algo de autorreconocimiento en la imagen de lector que construye el medio, “su” periódico (lo que no excluye, naturalmente, otras posibles actitudes de recepción del texto: mediadoras, opositoras, etc).

La comunicación que establece cada texto de un periódico dado es una continuación de otras anteriores. Palabras clave como Caso Gal, OPA, Rociito o González, sostiene Aladro, permiten recuperar esquemas informativos previos para entender la información actual. Como directorios o nombres de archivos memorísticos nos servirán para pautar la información novedosa encauzándola en una red de conocimientos previos organizados con cierta lógica (Aladro 1995: 49, citando a Van Dijk, 1988).

Algo sabemos también de la relación entre la configuración del texto periodístico y las prácticas y hábitos de lectura. Según Van Dijk, la lectura de los titulares periodísticos es un proceso de adivinación estratégica, por el cual el lector accede a una síntesis críptica de los sucesos o temas de la noticia, recupera información previamente conocida, incorpora sus suposiciones y conjeturas, comprueba su conocimiento del asunto episódico y la adecuación con las tipificaciones existentes en su memoria semántica de lector, y con ello decide si leerá o no el cuerpo de la noticia (en Aladro, 1995:51). Creo que quienes solemos leer periódicos nos reconoceremos fácilmente en esta descripción de la lectura periodística, que pone de manifiesto cómo

interviene la configuración semántica de los temas –una configuración compartida, transtextual y, a menudo, transnacional– en la composición de los textos, en la lectura y en la previsión que el texto hace de la lectura de su receptor.

El estudio de los textos no nos permite acceder a los procesos de lectura, a las interpretaciones efectivas. Pero sabemos que un texto periodístico no dice todo porque su lectura no se agota en sí misma, sino que se sitúa en un campo textual más amplio, cuyo conocimiento ha de formar parte de la competencia del lector, pues sin él no le sería posible la comprensión. Este campo, a cuya continua formación contribuye cada pieza periodística, debe hacerse accesible por medio del análisis textual: un análisis del proceso de producción de sentido que se articula en el texto en interacción con su lector previsto, con su memoria a medio y largo plazo y con los discursos que ya se han pronunciado sobre el mismo tema.

Muchos otros aspectos de la comunicación periodística habrían de tenerse en cuenta, pero por no extenderme más sólo voy a mencionar algunos particularmente relevantes aquí. He apuntado que un discurso implica una perspectiva sobre la realidad que, evidentemente, excluye otras. Como cualquiera que forme parte del público de los medios sabe, la función de éstos consiste tanto en informar como en omitir información, tanto en iluminar como en oscurecer áreas geográficas, asuntos e implicaciones. Estos poderosos artefactos de representación no pueden dejar de configurar la realidad y de intervenir en ella, tanto por acción como por omisión, pues ambas forman parte de la estrategia por la cual representan algo y se posicionan al respecto. Recoge Abril varios estudios que muestran cómo los medios omiten sistemáticamente la atención a ciertas partes del mundo, a las entidades corporativas –en favor de los individuos–, a las relaciones de fondo entre el poder económico y el político. En la información de los medios masivos “el proceso social se pierde al concentrarse en el corto plazo y en los acontecimientos efímeros”, sostiene McQuail (en G. Abril, 1997:297).

Más allá del decir y el callar, los medios recurren, según S. Hall, al enmascaramiento y desplazamiento de la información sobre conflictos sociales, por ejemplo; a la fragmentación y a la imposición de una coherencia imaginaria “que da por supuesto un consenso nacional común a todas las clases sociales y en general a las personas bienintencionadas y con sentido común” (en Abril, id.). El propio G. Abril (1993:75 y ss.) enfoca las “figuras de distracción” por las que los medios operan la “distracción del contexto”, cuando, por ejemplo, presentan una matanza como una catástrofe natural; la “distracción del foco”, cuando los contenidos de mayor relevancia política se sitúan fuera del primer plano o foco de atención para pasar al plano de lo presupuesto; la “distracción del sujeto”, que confunde las responsabilidades de la enunciación.

Esta perspectiva necesariamente crítica nos llevará a analizar las estrategias con las que los textos tratan de configurar el objeto y la reacción de los lectores hacia él. Sin embargo, más que una denuncia del texto, pretendo hacer una lectura que nos ayude a comprender cómo se sitúa este texto en un ámbito público de discursos que se escriben y se leen sobre la inmigración, por ejemplo en un medio que se tiene casi por emblemático de la democracia en España.

AÑO VII, NÚMERO 620 / DOMINGO 31 DE AGOSTO DE 1977

EL PAÍS

DOMINGO



Cinco niños marroquíes reciben el salario mensual por mendigar o trabajar. Arriba, M, y a la derecha, de arriba a abajo, M, L, y F.

Papá me pega si vuelvo sin dinero

Obligados por sus padres, decenas de niños marroquíes entran ilegalmente cada día en Melilla. Los de 11 años limpian zapatos. Los de cinco venden tabaco. Y los más pequeños mendigan.

MARRUQUINES. FRANCISCO MARRUQUINES. Mi padre me pega si no llevo dinero. Mi padre me pega en todas partes, con la ojeada. Mi madre le dice: Dale más fuerte para que traiga dinero. Los vecinos le dicen que no me pegue, que soy demasiado pequeño para traer dinero. Mi padre no trabaja. No hace nada. Bueno, no es mi padre. Mi padre murió. Mi madre vende tabaco en la frontera. Yo vendo chicle aquí, en Melilla, pido dinero y hago de todo. Yo tengo 12 años. Nací en Nadour, Marruecos. Es uno de los niños que dejan de ser en Melilla. Llegan a decenas cada día desde las poblaciones marroquíes limítrofes. Cruzan la frontera a diario. O lo intentan. Buscar el contrabando es un juego de niños. Venden alcohol, tabaco, buvas, bigos e incluso y buscan basuras. En ocasiones, evitan el pago de un robo. Y mendenigan. Son los niños de la frontera. Cuando vuelvo a casa mi padre me dice que no puedo salir a la calle a jugar porque tengo

que levantarme a las cinco de la mañana para ir a Melilla a ganar dinero. No se ha salvado. Ha quebrado la ley de la frontera. "Le dije a mi padre que si todavía soy pequeño para eso. Le pregunté: ¿Qué voy a hacer cuando sea mayor, sin trabajo, cosas?" Su padre me le respondió con la costra. Y N, abandonó en la calle su capatubo de chicle. Acudió a un centro de protección de menores en Melilla. "Vine aquí porque quería vivir bien". Pero le cuesta ya sabotear el oficio de niño. "Aquí estoy aburrido. Siempre jugando con los niños. Veo la tele, los dibujos, la película que hay".

—¿Qué dice más el golpe o la injusticia?
—El golpe.
—¿Que decía al pasar la frontera?
—Le decía a la policía que venía a vender chicle.
—¿Y que te decían ellos?
—Nada, me dejaban pasar.
—Era un niño muy rápido para...
—Mi padre no me compraba ropa a mi edad. No me

quedaba con nada. No es el único en su familia. Muchos de mis primos también venden en Melilla. Y también los pagan si no llevan dinero. Ahora ya no vienen porque temen que la policía les pille.
—¿Te gustase hacer algo por ellos?
—Y que puedo hacer yo?
—Arrastra las palabras. Su amargura no tiene adorno infantil. Respira pesonando adentro. Solo el fútbol le ilumina. "Me gusta el Madrid, jugar de cualquier cosa, bueno, menos de portero. No soy bueno como portero."
—¿Y como vendedor?
—No mucho. Vendía poco. La gente me mandaba a la mierda.

Desde el pasado mes de abril, 37 niños marroquíes han sido retirados por la policía de las calles de Melilla. A fecha de hoy sólo están acogidos medio docena de niños. Los demás han sido devueltos a sus respectivos padres. Hasta hoy, los asistencias judiciales no han osado retirar la tutela a sus progenitores. Ahora sí están advirtiendo a los padres cuyos hijos son

hallados en la calle mendigando o trabajando que la próxima vez se les retirará la custodia. El temor de que los padres alegaran secuestro internacional ha sido superado por los responsables de la Comisaría de Benomar Social de Melilla, cuya tutela es María Antonia Garbín, promotora de un ambicioso plan para erradicar esta explotación infantil importada.

La policía, hasta ahora, se limitaba a llevar a comisaría a los menores que mendigaban o trabajaban, anotar el hecho y entregar a sus padres a sus progenitores. Y vuelve a repetir. Ni aun los padres sorprendidos en plena explotación eran llevados ante la autoridad judicial. La lectura de los 87 expedientes policiales de los niños retirados de la calle muestra sobre el fenómeno. Muchos con múltiples incidencias. Un bebé de cinco meses ha sido llevado en tres ocasiones a comisaría tras ser utilizado como reclamo mendicante. Un niño de tres años también ha pasado tres veces de penitencias policiales. Y una cría de

Pasó a la página 2

PAPÁ ME PEGA SI VUELVO SIN DINERO

Viene de la primera página
cuatro años es guarrer con siete caparazas. Niños de 10 años son sorprendidos inhala...

Hay una sectorización de la explotación infantil por edades. Los más pequeños (hasta cinco años) pueden limosna jun...

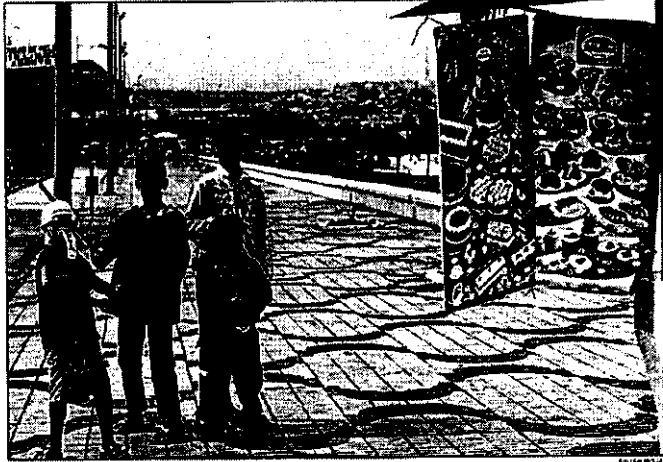
Al tiempo, han promovido una campaña de concienciación para evitar que los melillenses den limosnas o compras merc...

Salvo los más pequeños, cruzan solos la frontera. Una cría de seis años llega a diario un taxi a meridizar. Y algunos, al ser detenidos, han mostrado bajo los har...

Madre detraída

Pero el plan no salva a los menores que aún se agolpan en la frontera esperando una devolución. Tampoco convierten en niños felices a los ya rescatados por las institu...

Las detenciones de padres explotadores tampoco libran del calvario a sus hijos. E. y D. miran asustados en el centro de acogida. Su madre llora y se desahoga en el...



Niños marroquíes mendigando en una calle de Melilla el pasado día 22.

MARÍA ANTONIA GARBÍN ► CONSEJERA DE BIENESTAR SOCIAL DE MELILLA

“El problema es Marruecos”

P. ¿Pregunta. Esta mendicidad tiene su origen en Marruecos, ¿verdad? ¿jagruva esto el problema?

Respuesta. Esto sólo se da en Ceuta y Melilla. Hemos tardado un año en llegar a unas conclusiones que a lo mejor dentro de unos meses, al estar mejor resultado, habrá que visitar. Estamos hablando de niños que no son residentes ni cupulados ni consultarios. Estamos hablando de un país con el que no hay tratados en materia de asistencia social y con el que es muy difícil estab...

P. ¿En qué consiste el plan?

R. Lo que se ha hecho este...

ado ha sido una campaña de concienciación de los melillenses para que no den limosnas ni compren a menores, porque en el 95% de los casos ese dinero no va a esos niños, sino a quien los deja en la frontera. Hay que proteger a esos niños de esos adultos con el sistema que venimos empleando desde hace unos meses. ¿Qué se les hace? Si van solos, se les recoge y se les lleva al centro de menores. Allí los padres vienen a recogerlos al segundo o tercer día. El departamento de menores les hace un aprehendimiento y les dice que si vuelve a ocurrir habrá consecuencias al ser un menor solo y que se busca mendigando.

P. ¿Qué consecuencias?

R. Las que decide el juez de menores. No sería el primer caso de menores que integramos en nuestro sistema.

P. ¿Qué cifras maneja sobre este fenómeno?

R. Calculamos nosotros que puede haber entre 20 y 40...



María Antonia Garbín.

menores que están identificados. Lo que pasa es que se mueven que es un gusto. Son niños que entran, son devueltos y vuelven a entrar; por eso la cifra parece mayor. Son los mismos que lo intentan mu...

chas veces. Ahora, con los controles, ya no se deja pasar a las señoras que entran con niños para mendigar. Pero siempre habrá algún agujero.

P. ¿Mafias? R. Presuntamente, sí que hay mafias. Lo que es evidente es que hay niños solos aquí. Y que no llegan solos. Cuando los preguntan, siempre dicen que tienen volver sin dinero. También existe otro caso: aquellos adolescentes que se han hecho fuertes en el tema de la mendicidad. Hay un niño famoso en la ciudad, de 13 años, y controla a todos los que entran en la red.

P. ¿Se acusa de limpiar las calles para el quinto centenario de Melilla?

R. Nos critican sin conocer el plan. Dicen que no entramos en el fondo. Claro, yo también lo digo. El problema de fondo es Marruecos, y allí si que no podemos entrar. No podemos decirle que debe haber con sus menores.

Pero ellos no entienden de leyes. Sólo saben que hoy no han vuelto a casa, a Nador. Sólo quieren a decir su edad: la niña tiene seis años, se hermano, tres. Su único anhelo para poder ser esos niños profundos, inteligentes, vivaces... Ellos optan por hablar chelja. No necesitan traducción.

Es difícil poner puertas al hambre. Pero en Melilla no hay ni grazas. Desde nuestra agosto han sido rechazados 7.038 menores marroquíes. En realidad, es un colectivo infinitamente menor, pero que acude todos los días al legal trade, al aeropuerto español lo permite. Se encilan bajo las alambradas o a la carretera una salida en el puesto de Beni-Enzar. Hay pocos funcionarios y, vez, se saltan la valla y corren a correr. Y, claro, como va a salir un día de 40 años corriendo detrás de un crío de siete años, que imagen...

pero es como mi hijo. Si fuera un delincuente, salgo detrás de él hasta que lo pille, pero no detrás de un crío". Es la confesión de un policía fronterizo de Beni-Enzar. Es un veterano. Desconfía con la mirada. Afronta una mirada humana, pero no se acerca a mirar la nequa, el caraz marroquí. Le basta el rostro. Llega una madre con un chico de seis años. "Díale la velleja, via libre de familia no pasa". Llévense imprecaciones berberes. La cola de marroquíes que quieren entrar en Melilla no sólo es eterna porque la atención de los policías españoles (en terreno regular, es un decir los vehículos). Un niño marroquí va por la acera vez que es rechazado. Retinencia la cola y vuelve a escuchar el "dise la velleja". Al pie de la letra. Se da la vuelta, y se pone otra vez al final de la cola. No es solo frontera. Es una orría.

Rachd dice tener 16 años. Miente. Lo único evidente es su voluntad de penetrar con su cestillo de frutos secos. Tras tres intentos por la vía legal, empieza a aproximarse a la endebte valla. En otras ciudades proteje de socavones, en Beni-Enzar Alinda la frontera. Mira al tendido, y hale hop, se cuele en el carril de los coches. Desaparece a la carretera. Los policías no mueven ni las pestañas. "Miralo, vet, oero. No puede perseguirlo; si lo digo, se me cuele los 200 de la cola", se resigna el agente fronterizo. "El travesti de esa ciudad se hace un regalo, se deja sentado en el suelo y menduca corte", ironiza un guardia civil. Con probable aplauso del fondo sur.

Otros niños marroquíes esperan para cruzar la frontera, la frontera de la infancia. No hay retorno. La alambrada araña a diario su inocencia.

Agujeros en la frontera

La seguridad

Mezcla coches patrulla de la Guardia Civil con el ejército de la frontera día y noche. La frontera tiene un patrón que cambia pronto. Si el patrón cambia pronto, el control de la frontera y de las cámaras. El patrón está cambiando por la noche. Se lo muestra en un vídeo de cinco minutos. Hay que ir a las cámaras por la noche. Las cámaras sólo captan imágenes. Cada 200 metros hay un muro (punto de control). Desde los coches patrulla se puede vigilar las calles y las zonas.

1. Clave sur. No está iluminada. Paso clásico de España. Lo vigila una patrulla.
2. Puesto fronterizo de Beni Enzar. La cruzada de 17.000 a 18.000 marroquíes a diario. El control de los coches patrulla y el control de los coches patrulla. Los coches patrulla se controlan a la carretera por el sur.
3. Puesto de control de la Guardia Civil. El control de la frontera.
4. Puesto fronterizo del Barrio Chino. Habitado por los marroquíes, pero controlado por los españoles. Los coches patrulla se controlan por la noche. En esta zona se controlan los coches patrulla.
5. Una zona de control para facilitar el paso de los coches patrulla.
6. Pasa de control de los coches patrulla de la Guardia Civil.
7. Pasa de control de los coches patrulla de la Guardia Civil.
8. Puesto fronterizo de Pósteros. Vigilancia de los coches patrulla y el control de los coches patrulla. Hay un punto de control con la valla instalada.
9. No hay. No hay patrulla y la Guardia Civil. Paso de España.
10. Guardia civil. Centro de control de 600 marroquíes. Hay un control de los coches patrulla.
11. Centro de control de 100 marroquíes. Guardia Civil.

El punto de control de la Guardia Civil. El control de la frontera.

Melilla, la fluida frontera sur de Europa

Dos guardias civiles intentan controlar el tráfico de personas en el punto fronterizo del Barrio Chino. Sudán bajo el sol africano. No paran. Enfrente, sentados en medio círculo, media docena de marroquíes (algunos con sus marroquíes) les contemplan mientras toman un refresco a la sombra. Surge un incidente. Un marroquí descubre a un niño en zona española. El niño sacra abundantemente. Todos hablan de disputa personal. Se arrojan 30 marroquíes. Un fotógrafo retrata la escena. Ya nadie se acuerda del agresor. Todos quieren aparcar en los repetidores. El guardia civil revive Fort-Apache. "No hagas fotos, que se nos están encima, y no puedo controlarlos". Los marroquíes apuran sus bebidas. El espectáculo es gratis.

Los marroquíes bastante tienen con estar apostados cada 200 metros a lo largo de la alambrada. Día y noche. Muchos debían estar en el servicio. Por muestra. No ven nada. Los marroquíes se controlan por centímetros bajo sus barbas. No es que se aparten, es que ayudan a pasar.

Son antiguos guías. Hay grabaciones donde se ve cómo los marroquíes ayudan a pasar a grupos de centroafricanos, les levantan la alambrada, previo pago. Si los marroquíes quieren, no pasaba un ilegal", dice un guardia civil.

Dos farolas fundidas y dos agujeros en la alambrada, más que probables pasos de ilegales, se hallan al pie de sendas garitas de estos guardias marroquíes. "No ayudan nada, cuando a veces nosotros empujamos para que un centroafricano salga de la alambrada hacia territorio marroquí, ellos empujan en sentido contrario". Su sueldo misero, 13.000 pesetas, les hace presa del soborno de ilegales y contrabandistas. Se pagan por hacer guardia.

Del lado español, más que la corrupción, el problema es la falta de medios. Una decena de coches patrulla de la Guardia Civil recorren insistentemente los 12 kilómetros de carretera que discurre junto a la frontera. "Todo esto es inútil. No tenemos visores nocturnos para las patrullas, y entonces es imposible distinguir a los vagos de noche, aunque la cruzada a pocos metros. No hay que agujeros en la valla. Toda ella es un agujero. Es flexible y la levantan donde quieren, y se

cuclan. Hay cámaras de televisión, pero de noche no sirven porque no se ve lo suficiente y los sensores nunca nos dan una alarma", llama un patrullero. Un mando de la Guardia Civil explica. Es verdad que son farolas, y no focos, que ven lo ideal. Sólo iluminan un radio de cinco o seis metros. Más allá, la cámara sólo registra sombras. Las negras sombras que se cueclan por la noche, por si acaso, desmontan farolas en sitios estratégicos. Y luego se funden con sus compañeros de la Granja Agrícola. "Vienen asombrados, con papetas que los indios donde se halla el centro de acogida de los centroafricanos".

El propio delegado del Gobierno, Enrique Beaumad, admite que los sensores no funcionan todo lo bien que deberían. "Tenemos la frontera que tenemos", exclama. No obstante, asegura que algo se ha mejorado: cuando llegó al puesto, en mayo de 1996, las cámaras estaban inservibles, igual que las farolas. A primero de año repuso toda la alambrada, antes aún más vulnerable. Tiene presupuesto para "corroer el punto controlado de Beni-Enzar y construir un verdadero centro de acogida para 300 ilegales. Su problema es que hoy tiene casi un millón entre los 600 centroafricanos haci-

nados en la granja —más como animales que como personas— y los 100 argelinos internados en el centro Lucas Lorenzo. No están detenidos. En el caso de los argelinos, salen de su centro y roban en la playa de la Hípica. Media docena diaria de denuncias. Beaumad apela a la memoria histórica, a su viaje, al hablar de la mendacidad en Melilla. "Mendacidad infantil la hay en Melilla, pero siempre la hubo. Estamos juntos a una de las regiones más deprimidas de Marruecos. Diece mil personas cruzan diariamente esta frontera. Hay un acuerdo para no pedir pasaporte. Con tal cifra, solo con que entre un 5% de delinquentes o emigrantes, ya tiene 600. Esta frontera tiene que ser fluida. Es deseable y tiene que seguir siendo así". La economía legal de Melilla depende de ella. Y la ilegal. Los almancees melillenses se acumulan punto a la frontera. Una legión de marroquíes se encarga de trasladar tabaco, alcohol y cualquier otro elemento a Marruecos. Por esta vía, no hay que pagar derechos de aduana. Sólo sobornos, siempre más baratos. En algunas ocasiones, estos almancees-contrabandistas han pedido protección policial tras un incidente. A la mañana, solicitan rebajar tal custodia, fatal para su clandestina labor.

“AGUJEROS EN LA FRONTERA”

Puedo entrar ahora en el dominio textual en el que se enmarca el texto que voy a analizar. Los tres artículos que componen esta serie aluden a la frontera melillense a la inmigración africana. Se encuadran dentro del campo, ahora bastante estudiado como tema de los discursos mediáticos, de la inmigración. Me interesa indagar la conformación de nuestra relación con la inmigración, particularmente la africana, lo que afectará, por cierto, a la configuración semántica y expresiva del tema, pero también a la afectiva, que construye ciertos silencios y propone cierta complicidad a los públicos.

Tomo tres artículos que se publicaron en las páginas 1 a 3 del suplemento interior “Domingo” de EL PAÍS, el 31 de Agosto de 1997, el primero firmado por Francisco Mercado y los otros dos, evidentemente del mismo autor, firmados F.M. Las tres piezas forman una serie, o mejor una secuencia, no sólo porque se refieren las tres a la ciudad de Melilla, sino porque son complementarias, redundantes y la última de ellas constituye una especie de conclusión de las anteriores.

Los artículos de esta serie no se refieren a ningún acontecimiento particular. El suplemento interior del domingo de EL PAÍS recuerda más a una revista semanal de información general que a un diario: piezas más bien extensas de contenido variado –reportajes, entrevistas, “análisis” etc.– con abundante espacio gráfico, que prevén una lectura más distendida y curiosa que la que permite la urgencia propia de los días laborables. Un lugar para iluminar ciertas cuestiones y articular los temas que conformarán la opinión pública según la concibe este diario, más que para informar sobre el acontecer inmediato.

El texto que forman las tres piezas de la serie compone una representación de la inmigración africana, libre de la sujeción a un acontecimiento, que abarca desde la pequeña historia humana hasta la visualización y dramatización de la frontera. La inmigración no es abiertamente el “tema” del texto en gran parte de la serie, sino algo que, aun aludido casi tangencialmente, posee tal “significatividad” (en el sentido que dan a este término Galtung y Ruge, como indica Rodrigo Alsina, 1989:111), tal capacidad de conectar con los intereses y la cultura de la colectividad de destinatarios previstos, que domina con su relevancia el sentido del conjunto. Dos de estas piezas son reportajes, la otra una entrevista inserta en el primero de éstos. El reportaje es un género que acoge una amplia diversidad de formas. Se presenta como documental e informativo, por lo que excluye la argumentación y la exposición abiertamente persuasiva. Pero permite a su autor gran libertad para delimitar el objeto al que hace referencia y para asociarle informaciones de fondo, de modo que oriente la percepción e interpretación de ese objeto como le interese, conservando siempre la retórica de la objetividad. (La libertad que menciono está siempre, en los medios de comunicación, como sabemos, subordinada a la dirección del medio, a sus intereses, ideología, etc.).

Las tres páginas que ocupa, con amplias ilustraciones, permiten relacionar el texto verbal y las “visualizaciones”, que incluyen varios tipos de retratos fotográficos, “vis-

tas" de lugares, mapas y algún gráfico, junto con los titulares y los textos verbales adjuntos. Las imágenes, que ocupan más de la mitad de la primera y tercera páginas y algo menos en la segunda, tienen un papel fundamental en la estrategia comunicativa del conjunto, si bien en este aspecto, bien a mi pesar, me detendré sólo brevemente en la última página.

Trataré, en primer lugar, de dar cuenta en una descripción escueta del proceder del texto, teniendo en cuenta los ejes que componen el sentido y el hacer del texto, que he mencionado antes. Desde el comienzo se presenta esta serie como un reportaje basado en la documentación obtenida en el lugar del que se ocupa, la ciudad de Melilla, a partir de los sujetos cuya vida quiere hacernos conocer.

El titular de portada en grandes tipos (*Papá me pega si vuelvo sin dinero*) orienta la percepción de las fotografías, los rostros infantiles cubiertos por una trama para evitar su identificación —esa extraña serie de primeros planos de rostros que no pueden ser vistos como rostros—, y hace pensar en un artículo de "interés humano", un relato de tono patético en que se da la palabra a las víctimas. El patetismo es esencial en la configuración de las emociones con que el texto pretende involucrar al lector, como argumentaré más adelante. Pero ya el subtítulo (*Obligados por sus padres, decenas de niños marroquíes entran ilegalmente cada día en Melilla. Los de 11 años limpian zapatos. Los de cinco venden tabaco. Y los más pequeños mendigan*) sustituye la voz en primera persona de la víctima por la "objetiva" y distanciada del periodista narrador, que describe las vidas de estos niños desde una perspectiva que les es completamente ajena. Tan ajena que en el segundo párrafo del cuerpo del artículo, en que vuelve a tomar la palabra el periodista para describir las actividades de los niños marroquíes, la descripción se convierte paulatinamente en una abierta descalificación, si no en una condena

N. tiene doce años. Nació en Nador, Marruecos. Es uno de los niños que dejan de serlo en Melilla. Llegan a decenas cada día desde las poblaciones marroquíes limítrofes. Cruzan la frontera a diario. O lo intentan. Burlar el control es un juego de niños. Venden chicle, tabaco, huevos, higos chumbos, buscan basura. En ocasiones, esnifan pegamento o roban. Y mendigan.

Pero inmediatamente después de los titulares, abriendo el artículo, la voz corresponde a uno de los niños víctimas de sus padres ("Mi padre me pega si no llevo dinero. Me pega en todas partes con la correa. Mi madre le dice 'dale más fuerte...'") y esta voz retorna después de que el periodista haya descrito la penetración y actividades de estos niños en el lacónico párrafo que acabo de citar. No sólo se alternan el patetismo, en las palabras de los niños, y la distancia descalificadora, en las del narrador. Además, el abuso de que son objeto los pequeños lleva al autor a un nuevo cambio de tono al pasar de la descripción negativa de los niños a la condena indignada de sus padres y de las autoridades judiciales. Al comentar que desde el mes de abril, 87 niños han sido "retirados por la policía de las calles de Melilla" y, excepto media docena que han sido acogidos (entre los que están los entrevistados) "los demás han

sido devueltos a sus explotadores padres”, añade irónico: “hasta hoy las autoridades judiciales no han osado retirar la tutela a sus progenitores”. Algo más adelante insiste en esta actitud con un ejemplo de “colmo”: “ni aún los padres sorprendidos en plena explotación eran llevados ante la autoridad judicial”.

Esta toma de posición del autor sobre lo que debería hacerse está plenamente identificada con la política de la consejera de bienestar social, “promotora de un ambicioso plan para erradicar esta explotación infantil importada”, a la que –bajo el titular “*El problema es Marruecos*” entrevista en la página 2–. El reportaje explica en qué consiste el plan, pero antes de hacerlo, de “la lectura de los 87 expedientes policiales de los niños retirados de la calle”, extrae jugosas “ilustraciones” de la picaresca de la frontera.

Este anecdotario, que llena el artículo de principio a fin, se orienta a mostrar los modos en que se burla a la policía de los puestos fronterizos y es, por su vivacidad, dramatismo y reiteración lo más llamativo y atractivo de la pieza. De hecho, consigue un “efecto de presencia” –como llama la retórica a este recurso– del mundo del hampa fronteriza dedicada a la burla de la ley y de los controles españoles.

El artículo llega a un punto de inflexión cuando, tras detallar los casos de los niños “multirreincidentes” y la “sectorialización de la explotación infantil por edades”, dice:

El plan antimendicidad funciona dos meses después de su arranque. La explotación infantil marroquí ya no es evidente en Melilla. Cuesta encontrar un niño mendigo. No es el enjambre que asediaba meses atrás a transeúntes y clientes de bares.

Con esta situación culmina lo que llamaré el primer relato contenido en este texto, el de los niños mendigos liberados por las autoridades españolas de la “explotación” de sus padres. Un lector atento podría preguntarse que, si es cierto que cuando el autor recoge la información, cuando sitúa el “hoy” de su discurso, “cuesta encontrar un niño mendigo” en la ciudad, por qué la presencia y actividades de estos niños se reiteran constantemente en tiempo presente, tanto antes como después de dar cuenta de su desaparición. Pero es muy posible que el texto no prevea una lectura de este tipo, sino aquella más desatenta, quizá discontinua, desde la que cuesta imaginar que los niños marroquíes no formen hoy un “enjambre” de asedio a los habitantes y visitantes de Melilla.

¿En qué consiste el plan? “Han descubierto que pueden detener a los padres (...) Los menores son destinados a un centro de acogida. Allí quedan hasta que la autoridad judicial decide sobre la retirada o no de la tutela. Al tiempo han promovido una campaña de concienciación para evitar que los melillenses den limosnas o compren mercancías a los menores. No hay que alimentar tan vil industria”. Tras la breve descripción del plan, retorna el anecdotario:

Salvo los más pequeños, cruzan solos la frontera. Una cría de seis años llega a diario en taxi a mendigar. Y algunos, al ser

detenidos, han mostrado bajo los harapos una impecable vestimenta. Se ponen el mono de trabajo.

Enunciados que corresponden al segundo relato, entrelazado con el primero a lo largo del texto. En este relato los menores, tramposos y delincuentes, han perdido la inocencia y, por tanto, han dejado de ser niños y se identifican plenamente con el hampa de la frontera, que la policía española trata, sin éxito, de erradicar. El plan antimendicidad, tan elogiado, no es una solución real, pues en la frontera sigue habiendo multitudes marroquíes ("El problema es Marruecos") y fuerzas españolas insuficientes para impedir su paso ("No puedo perseguirlo; si lo sigo, se me cuelan los 200 de la cola", se resigna el agente fronterizo"). Los últimos párrafos desplazan el anecdotario a la frontera misma, donde uno de los policías "afrenta una riada humana" ("No es una frontera. Es una noria"), y donde los chavales burlan a los vigilantes, impotentes, en las más diversas formas. (De este modo, el final del primer artículo, en la pág. 2, se engarza con el último, que comienza, en la pág. 3, de idéntica forma, aunque en el lugar de los chicos se encuentran en ese adultos).

Los actores de estos relatos están fuertemente caracterizados, como lo están también el enunciador y el destinatario del texto. Los padres marroquíes son el colmo de la degradación moral, de la que no se libran sus hijos. Los niños son simultáneamente víctimas de sus explotadores padres y explotadores ellos mismos, que engañan, roban, esnifan pegamento, etc. (las actividades del pequeño comercio callejero y la mendicidad son equiparadas con el robo y la droga, como suele ser habitual en los discursos institucionales). Para que un mismo actor, los niños, pueda ocupar papeles tan diferentes, pueda suscitar la compasión y al tiempo la indignación, es precisa una transformación: los niños se convierten en adultos una vez perdida su inocencia en sus engañosas actividades. Sobre esta transformación el texto incide reiteradamente: "uno de los niños que dejan de serlo en Melilla"; "le cuesta ya saborear el oficio de niño"; "su amargura no tiene acento infantil. Respira pesimismo adulto". Y expresivamente en las frases finales del artículo:

Otros niños marroquíes esperan para cruzar la frontera, la frontera de la infancia. No hay retorno. La alambrada araña a diario su inocencia.

Desaparecidos los niños, desaparece también el objeto de nuestra compasión, que, como finalmente se revela, no debe moverse hacia los menores, sino hacia "la inocencia" que se pierde. La insistencia en la pérdida de la inocencia-infancia permite también representar a estos niños como delincuentes sin poner en peligro nuestra imagen de la infancia.

También los niños, junto con los adultos marroquíes, encarnan la imagen de masa invasora. Desde el subtítulo *–decenas de niños marroquíes entran ilegalmente cada día–* y a todo lo largo del artículo (a pesar de que hoy cueste encontrarlos en Melilla) se repiten las metáforas de la masa, sobre todo en torno a la frontera: decenas, riada, lluvia, enjambre *–llegan a decenas cada día–*; "los menores que aún se agol-

pan en la frontera esperando un descuido"; "afronta una riada humana"; "llueven imprecaciones bereberes"–.

Frente a esta multitud invasiva se encuentra sólo la policía española, incapaz de afrontarla por su insuficiente número y escasos recursos. Únicamente la consejera de bienestar social hace una labor parcialmente eficaz, pues ha conseguido erradicar el "innoble negocio" de la mendicidad infantil y así "proteger a esos niños de esos adultos", como afirma en su entrevista. Esos adultos, los padres, cumplen el papel del culpable, Mal al que hay que orientar la indignación. El periodista pregunta por "mafias", pero los "expertos" apuntan "a una industria familiar más que a mafias", aunque la consejera responde, por su parte, a esa pregunta afirmando que "presuntamente, sí que hay mafias". En muchos otros textos sobre la inmigración, el papel de culpable corresponde a estas "mafias" que los transportan e introducen. Martín Rojo y van Dijk –1997:548– señalan cómo el ministro Mayor Oreja, en su discurso parlamentario para justificar la expulsión de 103 africanos en el verano de 1996, menciona estas "organizaciones que se aprovechan" de los migrantes. Con ello, sostienen los autores, presenta a los inmigrantes como víctimas desde una posición de (aparente) simpatía, dentro de la estrategia de conjunto de formar una impresión positiva de las autoridades.

Las voces de los niños tienen un carácter testimonial, pero son documentos cuya autenticidad puede ser puesta en cuestión por el narrador, por la policía y sus fecundos archivos, y por la consejera, voces todas que tienen el poder de enmarcar y calificar las acciones y palabras de los marroquíes

F. tiene ocho años (...). Domina el noble arte de marear al periodista. Si la pregunta es comprometida, abre sus ojos como ventanas. Finge no entender el castellano...

Rachid dice tener 16 años. Miente. Lo único evidente es su voluntad de penetrar con su cestillo de frutos secos. Tras tres intentos por la vía legal...

Desde el comienzo, la indignación del narrador ante la "explotación infantil importada" le sitúa en una posición moral intachable que supuestamente comparte con su destinatario, ambos formando un "nosotros" nitidamente diferenciado y muy por encima de los marroquíes, niños y adultos, éticamente indefendibles.

Con estas consideraciones entramos en el campo de los afectos que el texto moviliza. De entrada, y desde el titular, el lamento patético de los niños trata de inducir la compasión en el destinatario. Como espero haber mostrado, esta emotividad es contrastada por la distancia crítica del narrador respecto a los niños objeto de la compasión y por ese otro sentimiento que se expresa enfáticamente, la indignación frente a los que señala como culpables, los padres y las autoridades condescendientes. Desde esa distancia crítica induce abiertamente a la sospecha y la desconfianza de los mismos niños en cuanto identificados con la delincuencia y el engaño. Así mismo, como parte

de la masa de marroquíes presta a invadir si no se le impide hacerlo, esos niños no dejan de promover cierto temor. Sin embargo, el texto, tal como lo percibo, no explota esta posibilidad en el sentido de magnificar el peligro, la amenaza de invasión de nuestro territorio por parte de las masas marroquíes. Se limita a presentarlo como una insidiosa actualidad, fuente de una picaresca del truco y del delito menor. En fin, como un peligro controlable que debe producir un temor de baja intensidad, una alarma razonable.

La cuestión es ¿Por qué la carga patética, la movilización de nuestra compasión hacia unas personas que van a resultar inmediatamente sospechosas e incluso un tanto temibles?. Creo que se podrá comprobar en numerosas otras piezas informativas de los medios españoles una estrategia de movilización afectiva similar a esta. Aquí se constata que la puesta en primer plano de un dolor infantil tal que no puede sino suscitar compasión, junto con la indignación que le sigue contra los supuestos culpables, permiten que el enunciador se presente a sí mismo, y nos suponga a los lectores, como sensibles ante los débiles y ante la injusticia; la imagen más alejada del estereotipo del racista. Si después presenta a los marroquíes, niños y padres, como falsos, tramposos, delincuentes, etc., ello no se podrá achacar a prejuicio contra los marroquíes, sino a otros motivos, quizá su objetividad o su interés por hallar una solución al problema. El problema preocupante resulta ser la cantidad de personas foráneas afluyentes a nuestras fronteras y su nulo respeto por nuestras leyes e incluso por la ética más elemental.

Esta representación de "ellos" implica, claro está, la proyección de una imagen de "nosotros", como escandalizados por la crueldad de esos padres, como compasivos y creyentes en la necesidad de actuar conforme a la ley y el respeto a policía y autoridades. Una autoimagen, por cierto, muy diferente de la que nos dábamos, por ejemplo, cuando eran los españoles los emigrantes y, frente a los norteeuropeos y norteamericanos, proyectábamos la figura del pícaro, ingenioso para burlar todas las normas, como autoimagen positiva e incluso dignificada por nuestra tradición literaria –recuérdese, por ejemplo, la película *Bienvenido mister Marshal*, de L.G. Berlanga–.

¿Habremos de sorprendernos de que muchas de estas pautas de la representación de los marroquíes se encuentren casi idénticas en periódicos de otros países europeos que reciben inmigrantes generalmente de distinto origen, como Reino Unido, Alemania, Países Bajos, Austria? Van Dijk (1997:243), refiriendo investigaciones sobre diarios de esos países, afirma que "las estrategias discursivas empleadas para manipular los modelos prevalentes de 'sucesos étnicos' son bien conocidas: -Polarización general entre nosotros y ellos.-Predilección por una variedad de *problemas* sociales, económicos y culturales causados por ellos; por consiguiente *culpabilización de la víctima*. -Preferencia por un pequeño conjunto de *temas negativos*, como son : -La inmigración como invasión, ataque o amenaza. -Consecuencias socioeconómicas negativas de la inmigración, por ej. desempleo, escasez de viviendas. -Delincuencia, violencia, drogas. -Terrorismo (en especial árabe e islámico). -Desintegración social: embarazos adolescentes, abuso de beneficios sociales. -Falta de adaptación a nuestras costumbres o idioma..." (subrayados del autor).

Tan significativos son los rasgos en que coinciden las representaciones de los inmigrantes de esos países y de España como aquellos en que difieren. La coincidencia se puede deber a que vivimos en un mundo interconectado y los medios de comunicación contribuyen en primera línea a la difusión y circulación global de los discursos. Más que de influencia recíproca creo que habría que hablar de enunciaciones que comparten intereses, perspectivas, significaciones, etc., es decir, de fenómenos de identificación. Pero antes de argumentar este punto quiero señalar que, como se habrá observado, hay importantes diferencias locales entre estos discursos periodísticos. En los medios españoles apenas aparecen cuestiones tales como el terrorismo, asociado a los inmigrantes, los embarazos adolescentes, el abuso de beneficios sociales, la falta de adaptación a nuestras costumbres o idioma. Muy probablemente ello se debe a la menor proporción de inmigrantes y a su menor integración entre nuestra población, inferior uso de servicios sociales, etc., en comparación con esos países norteeuropeos.

Esto parece indicar que no se proyecta un prejuicio enteramente arbitrario, sino adecuado a las dificultades específicas que crea la relación con los inmigrantes en cada caso. Por otra parte, la polarización nosotros-ellos; la asociación de los foráneos con lo peligroso y lo degradado socialmente y su representación como masa invasora no son rasgos en modo alguno peculiares de estos discursos. Señala Hobsbawm que la reacción xenófoba o racista de la población nativa de los países o regiones receptoras ante la afluencia masiva de "forasteros" ha sido, por desgracia, un fenómeno frecuente en los Estados Unidos desde 1890 y en Europa occidental desde 1950 (1991:166). La xenofobia suele manifestarse en los discursos en formas muy similares: la representación negativa de "ellos" y positiva de "nosotros"; la amenaza de que ellos nos invadan, etc.

La identificación con el tipo de discurso que aquellos periódicos de otros países hacen respecto a la inmigración es identificación con una posición, la de quienes sienten su homogeneidad étnica en peligro, y con unos intereses, los de mantener una forma y nivel de vida que excluye la participación de nuevas cantidades de población en el anterior sistema. Pero estos sentimientos e intereses no son, al parecer, expresables explícitamente, probablemente porque pondrían en peligro la propia imagen y la acercaría a la de la extrema derecha, siempre sospechosa de no democrática. Por el contrario, han de expresarse indirecta y mitigadamente y preferiblemente, al parecer, después de haberse mostrado el enunciador compasivo e indignado con los "auténticos" culpables.

La omisión de la relación de los inmigrantes con *nuestro* nivel de vida y *nuestra* identidad étnica, particularmente en el caso de los africanos, va acompañada de otra omisión, la del carácter económico de la inmigración. Creo poder afirmar que este aspecto se elude persistentemente en la información de los medios españoles sobre este asunto. En las páginas que estoy analizando aquí nada se menciona de las vidas de estas personas en su medio habitual, su país, como no sea lo que las presenta burlando nuestras leyes y hasta la ética más elemental. La necesidad o el hambre aparecen una sola vez, hacia el final del primer reportaje, y en una forma ciertamente significativa:

"Es difícil poner puertas al hambre, pero en Melilla no hay ni goznes"

La forma en que estos dos enunciados relacionan la frontera de Melilla con la detención de aquellos a quienes empuja el hambre es un prodigio de elusividad. Un somero análisis lingüístico-pragmático, como el que voy a proponer, debe evidenciar las implicaciones de este pasaje.

El primer enunciado alude al dicho popular "No se puede poner puertas al campo", sustituyendo la imposibilidad por la dificultad y el campo por el hambre, con lo que asimila el sentido de la frontera (puerta) con el de frenar el empuje del hambre, entendido como contener lo difícilmente contenible. El segundo enunciado ("en Melilla no hay ni goznes") contradice el supuesto de que en Melilla haya una puerta, implicando que hay mucho menos que eso (ver el análisis de J. Garrido -1993:18-45 de 'incluso', 'ni', 'ni siquiera' como expresiones que, de una parte conectan una proposición con una suposición existente en el contexto o que esas formas introducen en él, y de otra parte contribuyen a la trabazón del significado textual). Lo que niega el 'pero' -adversativo y polémico, como enseña Ducrot-, que enlaza ambos enunciados, no es que sea difícil poner puertas al hambre, sino que se haya puesto nada que se acerque a eso, ni los goznes. Lo que en conjunto se expresa aquí, pues, implícitamente, es que se supone que la frontera de Melilla puede detener a los hambrientos, y eso no es cierto, pues lo que hay es muy insuficiente para ese fin. De esta forma se ha introducido una suposición que nadie había formulado y que nadie hace explícita, la de que la frontera de Melilla debe ser lo suficientemente fuerte como para detener el potente empuje del hambre.

El artículo nos conduce a lamentar que la alambrada de la frontera arañe a diario la inocencia de los niños, pero no las cornadas que les da el hambre, que resultan para nosotros inapreciables.

Veamos ahora cómo la última de estas tres páginas conduce estas estrategias a su conclusión. En esta tercera página lo más novedoso e impactante son las imágenes, bien acompañadas de minuciosas precisiones verbales.

El artículo, *Melilla, la fluida frontera sur de Europa*, es un reportaje-alegato contra la fluidez de esa frontera. Comienza con una continuación del anecdotario de la frontera, que ilustra, al igual que el del reportaje anterior, los escasamente eficaces esfuerzos de policías y guardias civiles españoles en su labor de control, con el débil apoyo de una tecnología insuficiente e inadecuada. Además de estos personajes y de las multitudes marroquíes que "se arremolinan", entran en escena los soldados fronterizos marroquíes, los *mehanis*; los centroafricanos y los argelinos; el delegado del Gobierno y ciertos almaceneros-contrabandistas.

La indignación se dirige esta vez contra los *mehanis*: "muchos deberían estar exentos de servicio. Por miopía. No ven nada. Los centroafricanos se cuelan por centenares bajo sus barbas. No es que se aparten, es que ayudan a pasar (...) 'les levantan

la alambrada previo pago' (...) dice un guardia civil". Los guardias civiles ilustran tan expresivamente su falta de medios y el resto de impedimentos que hacen inútil su tarea que habría que preguntarse por qué continúan esforzándose. Pero el reportaje abunda en esas ilustraciones hasta más que mediada su extensión, cuando al hilo de una de las anécdotas sobre "las negras sombras que se cuelan por la noche" y que "por si acaso, desconectan farolas en sitios estratégicos", un mando de la Guardia Civil sugiere que los centroafricanos cuentan con una organización: "vienen asesorados, con papeles que les indican dónde se halla el centro de acogida de los centroafricanos". Con este dato se niega la imagen de víctimas desvalidas. Pero el problema no es sólo su cantidad

casi un millar entre los 800 centroafricanos hacinados en la granja –más como animales que como granjeros– y los 100 argelinos internados en el centro Lucas Lorenzo. No están detenidos. En el caso de los argelinos, salen de su centro y roban en la playa de la Hípica. Media docena diaria de denuncias.

Únicamente el delegado del Gobierno, E. Beamud, aporta una perspectiva diferente a las ya expuestas en las piezas anteriores y por ello será desautorizado por el narrador periodista. Según el texto, Beamud "apela a la memoria histórica, al paisaje, al hablar de la mendicidad en Melilla". El caso es que el delegado, además de mencionar que siempre hubo mendicidad en Melilla, añade como datos de lo que el periodista llama paisaje: "Estamos junto a una de las regiones más deprimidas de Marruecos. Doce mil personas cruzan diariamente esa frontera. Hay un acuerdo para no pedir pasaporte (...). Esta frontera tiene que ser fuida. Es deseable y tiene que seguir siendo así". A lo que, fuera de las comillas de la cita, añade el periodista: "la economía legal de Melilla depende de ella. Y la ilegal", para dedicar a continuación algunas ilustraciones al comercio ilegal. "Por esta vía no hay que pagar derechos de aduana. Sólo sobornos, siempre más baratos". La custodia es fatal para la "clandestina labor" de los "almaceneros-contrabandistas". La indignación hacia la clandestinidad, los sobornos, etc. que implica la economía ilegal deja en segundo plano el posible interés de la fluidez de la frontera para la economía legal de Melilla y para mantener la relación tradicional y pactada con el país vecino, cuestiones despreciables, como se ve, para el articulista.

Las imágenes que ocupan más de la mitad superior de esta página llevan el título *Agujeros en la frontera*. El mapa de Melilla que domina la composición ubica esos "agujeros" en la línea fronteriza, los numera y, al pie de la imagen, cada número de referencia es acompañado de una explicación verbal de ese fallo en el control, incluyendo en algunos casos una pequeña fotografía del lugar.

Sin embargo, este alarde de precisión en la visualización y en la documentación es desmentido por el propio artículo, en el que se recogen las palabras de un Guardia Civil que dice: "No busque agujeros en la valla. Toda ella es un agujero. Es flexible y la levantan donde quieren, y se cuelan".

Esta contradicción es también despreciable ante el beneficio retórico que se obtiene con la representación visual en tres mapas, los dos que ubican a Melilla en sucesivas aproximaciones geográficas y el que sitúa en el plano de esa ciudad toda la información de interés sobre la cuestión de la eficacia de su frontera marroquí como barrera –gracias al recuadro negro central, junto al mapa, identificada ahora con la cuestión de “la seguridad”–. La representación visual de “agujeros” en una línea, la que en la cartela del mapa se llama “carretera de impermeabilización”, presupone el concepto de frontera como barrera impermeable, en la que esos agujeros aparecen como errores o fallos.

De nuevo aquí, en la representación visual, tengo la impresión de que se activa el temor a la invasión extranjera y, al tiempo, se mitiga ese temor. En la esquina superior izquierda, el gráfico representa con barras horizontales la cantidad de población de Melilla en relación con la de las ciudades, todas marroquíes, de su entorno, visibles en el mapa situado bajo el gráfico. Junto a Nador, mucho mayor, Melilla parece una pequeña ciudad. Además está el recuadro titulado La seguridad, que tras referir los fallos en los instrumentos de control de la frontera, termina diciendo: “cada 500 metros hay un mehani (soldado marroquí). Suelen ayudar a pasar ilegales tras recibir sobornos”. Estos elementos, junto con los textos verbales que de los números 1 a 9 describen los fallos de control y los “pasos de ilegales”, parecen alentar la inquietud ante la posible penetración de tanto “ilegal”. Pero el mismo hecho de que los fallos se muestren como identificados y limitados creo tiende a producir el efecto de que lo que falla es algo localizado y controlable (con el apoyo de la retórica de la documentación que exhiben las pequeñas fotos de 4 de esos lugares-agujeros, que no dan a ver nada relevante, salvo el hecho de que hay una foto de ese lugar, es decir, que está identificado y documentado).

Texto verbal y visualizaciones de esta tercera página tienden a precisar el problema y a relacionarlo con el conjunto de la inmigración africana (los números 10 y 11 del mapa, según las explicaciones verbales, indican los centros de acogida de centroafricanos y argelinos), como algo que afecta a Europa, según subraya el titular. Las ilustraciones visualizan el imaginario de la ciudad como fortaleza vulnerable –aunque no, por ahora, asediada– y racionalizan la comprensión del problema, sin renunciar a fomentar cierta alarma.

Pese a la puesta en escena de la compasión, en el primero de estos artículos –o gracias a ella–, al fin se asienta la indiferencia hacia los inmigrantes africanos. Contribuyen a ella la insistencia en su insidiosa presencia, orientada a promover temor e indignación, y la elusión del estado de necesidad de estas personas, tratado siempre como una evidencia obvia.

Además de la dimensión económica del problema, también su dimensión de futuro es dejada fuera de la cuestión. No ocurre así en el tratamiento informativo de otros “problemas públicos”, como el Sida, la degradación del medio ambiente y tantos otros, en cuya tematización tanto los organismos y asociaciones de que informan los medios de comunicación, como los propios medios introducen siempre la previsión de su evolución.

Comprender la forma en que los textos aportan algo a los discursos públicos implica atender tanto a lo que vinculan –los significados, valores, emociones o discursos que asocian a una dada cuestión–, como a lo que bloquean. Informaciones que todo el mundo conoce, como la extrema pobreza de los países originarios de la inmigración, son desvinculadas de dinámicas habituales de planteamiento de los problemas que afectan a la seguridad y el bienestar de las poblaciones, como la previsión de su evolución. Las perspectivas de aquellos discursos que conectan estas cuestiones –como los de organizaciones como ‘Comercio Justo’, los activistas de la campaña pro el 0’7%, etc.– son mantenidas rigurosamente fuera de la cuestión. La dinámica de fragmentación de la información, característica de los medios, no explica por sí sola estas desconexiones. La demanda de sentido de los públicos mayoritarios sobre este problema parece quedar satisfecha, de momento, con una combinación de compasión, indignación y prudencia que invita a limitadas acciones prácticas que no ponen en cuestión otras dimensiones de la vida de nuestras sociedades.

BIBLIOGRAFIA

- G. Abril, 1993, "Maniobras de distracción (Figuras de persuasión negativa)", *Revista de Ciencias de la Información*, 7. Madrid, Universidad Complutense.
- G. Abril, 1997, *Teoría general de la información*, Madrid, Cátedra
- E. Aladro, 1995, "La recepción de la noticia", *CIC, Cuadernos de información y comunicación*, 2. Madrid, Universidad Complutense.
- M. M. Bajtin, 1989, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus.
- M.E.Brown, 1995, "Melodramas televisivos y conversaciones de mujeres", en C. Peñamarín y P. Lopez (eds.), *Los melodramas televisivos y la cultura sentimental*. Madrid, IIFUCM-Comunidad de Madrid.
- D. Dayan, 1997, "Prefacio. Relatar al público", en D. Dayan (comp.), *En busca del público*, Barcelona, Gedisa.
- U. Eco, 1979, *Lector in fabula*, Milano, Bompiani.
- U. Eco, 1987, "El extraño caso de la intentio operis", *Revista de Occidente*, 69. Madrid.
- U. Eco, 1990, *I limiti dell' interpretazione*, Milano, Bompiani
- J. Garrido, 1993, "Operadores epistémicos y conectores contextuales", *Diálogos Hispánicos*, 12. Amsterdam, E. Rodopi.
- J. Habermas, 1988, *La lógica de las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos
- E. Hobsbawm, 1991, *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica
- B. Latour, 1986, "Visualization and cognition. Thinking with eyes and hands", *Knowledge and Society*, 6. Jai Press.
- J. Lozano, C. Peña-Marín, G. Abril, 1989, *Análisis del discurso*, Madrid, Cátedra.
- L. Martín Rojo y T.A. van Dijk, 1997, "There was a problem, and it was solved!': legitimating the expulsion of 'illegal' migrants in Spanish parliamentary discourse", *Discourse and Society*, vol.8 (4)
- D. Morley, 1996, *Televisión y estudios culturales*, Buenos Aires, Amorrortu
- S. Muñoz, 1995, "Apuntes sobre dos modos de ver las telenovelas" en C. Peñamarín y P. López (eds.), *Los melodramas televisivos y la cultura sentimental*, IIFUCM-Comunidad de Madrid.
- M. Rodrigo Alsina, 1989, *La construcción de la noticia*, Barcelona, Paidós.
- T.A. van Dijk, 1988, *News as Discourse*, New Jersey, Lawrence Erlbaum.
- T.A. van Dijk, 1997, *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona, Paidós.
- E. Verón, 1996, "De la imagen semiológica a las discursividades. El tiempo de una fotografía", en I. Veyrat-Masson y D. Dayan (comps.), *Espacios públicos en imágenes*. Barcelona, Gedisa.
- M. Wolf, 1996, "Recherche en communication et analyse textuelle", *VS; Quaderni di studi semiotici*, 73-74. Milano, Bompiani.